

Simona PISANELLI, *Condorcet et Adam Smith. Réformes économiques et progrès social au siècle des Lumières*, Paris, Classiques Garnier, Bibliothèque de l'économiste, 16, 2018, 214 p.

La literatura sobre la figura y las ideas de Adam Smith es dilatadísima —la complejidad y trascendencia del personaje así lo reclaman—, de modo que contribuir con nuevas aportaciones al conocimiento del filósofo moral escocés se sospecha una tarea difícil. La profesora Pisanelli lo consigue en este libro a través de una reconstrucción de la relación intelectual entre Smith y el menos divulgado marqués de Condorcet, uniéndose así a otros autores que han utilizado la perspectiva comparativa como forma de aproximarse al escocés.¹ El propósito de la obra es confrontar las relaciones existentes entre las reflexiones económicas de ambos autores, subrayando afinidades y diferencias de orientación. Este análisis se lleva a cabo concentrándose en unos temas que, sin agotar los puntos de contacto entre ambos, resultan fundamentales en la idea clave de la obra económica de Condorcet de que el crecimiento económico constituye una precondition fundamental para la perfectibilidad del ser humano y su proceso de emancipación. Esta reflexión cristaliza en el estudio de tres instituciones cuya reforma parece a Condorcet imprescindible para alcanzar aquel objetivo: el comercio, el sistema fiscal y la esclavitud. Significativas concordancias aparecen en las elaboraciones de ambos personajes, especialmente en el ámbito de las reformas económicas, que ambos intelectuales preconizan más allá de los desarrollos teóricos, con el objeto de avanzar hacia aquel perfeccionamiento.

El libro abre con una apropiada ubicación de Condorcet en su época. Contactos directos entre Smith y él quedan descartados tras un minucioso análisis del itinerario europeo del escocés. Ello no obsta para que la conexión intelectual sea amplia y fructífera. La profesora Pisanelli analiza algunos vectores de aproximación entre ellos. Uno lo constituye la acción de Sophie de Grouchy, esposa de Condorcet, quien conocía bien la obra de Smith, y que publicó una traducción de la *Teoría de los sentimientos morales* en 1798 (tercera versión editada en francés). De Grouchy, cuya figura Pisanelli ha estudiado y reivindicado con anterioridad, es una pieza fundamental para comprender el ambiente intelectual francés del último cuarto del siglo XVIII, ya que su tertulia parisina es una palanca esencial en la transmisión de las ideas económicas

1. El reciente exitoso libro de D. Rasmussen, *The Infidel and the Professor* (2017) acerca de la relación entre Smith y Hume es buena prueba de lo fructífero de esta metodología.

contemporáneas. El segundo contacto —indirecto también— entre Condorcet y Smith se establecería a través de Turgot, con quien aquel colaboró estrechamente cuando este fue *contrôleur général des finances* de Luis XVI. La familiaridad de Condorcet con la obra smithiana parece en todo caso incuestionable. De hecho, el marqués estuvo directa o indirectamente implicado en el proyecto de traducción de la *Riqueza de las naciones* al francés de Roucher editada entre 1790-1791. Aquí se anunciaba la sucesiva publicación de un volumen de notas por Condorcet, que nunca vio la luz. Lo que sí hizo el marqués (o su círculo) fue escribir un compendio de la obra capital de Smith, que apareció en 1790 en la *Bibliothèque de l'homme*. Este compendio es de interés para los estudiosos españoles, pues la primera versión en castellano de la *Riqueza de las naciones* fue la traducción de ese resumen, llevada a cabo por Carlos Martínez de Irujo, publicada en 1792.

Establecido el contacto entre Condorcet y la obra del escocés, procede Pisanelli al análisis de las temáticas concretas donde tal relación deviene evidente. El primero de los temas tratados es el del libre comercio, en particular el libre comercio de granos. Condorcet y Smith mantienen una oposición frontal al mercantilismo y a cualquier manifestación de proteccionismo, y coinciden en que la libertad de comercio es una pieza esencial para un crecimiento económico acelerado y persistente. En efecto, para ambos el libre comercio internacional fomenta la especialización de cada país y la consiguiente reducción de precios relativos y mejora de la productividad del trabajo. No solo eso: Condorcet señala que el libre mercado equilibra los precios de las mercancías entre las diferentes regiones y países, de manera que la libertad de comercio, tanto interior como internacional, asume un papel de estabilizador de los mercados, produciendo además cierta persistencia del coste del trabajo, en tanto que los salarios se determinan en función de los precios de los bienes de subsistencia (con Smith, Condorcet cree que el libre comercio impediría por sí mismo la conformación de ligas de comerciantes capaces de provocar aumentos artificiales del precio de estos bienes). Condorcet apoyará por tanto la política de Turgot, quien desde su puesto de *contrôleur*, promueve reformas para la liberalización comercial.

La cuestión fiscal es uno de los temas más controvertidos de esta época, animado por la idea del impuesto único sobre la renta de la tierra defendido por Quesnay. La cuestión enraíza en el modelo productivo fisiocrático. Quesnay se lamentaba de que la enfermedad de la sociedad francesa radicaba en la incapacidad de la agricultura de modernizarse y capitalizarse. Un programa masivo de inversiones y la revisión de la estructura de la propiedad serían necesarios para adaptar esta agricultura a la modernización tecnológica y productiva, dando vida así a la *grande culture*, basada en explotaciones capaces de optimizar la mecanización y la productividad del trabajo, y que generasen un excedente comercializable. Los propietarios agrarios obtendrían rentas cuantiosas y estables, que devendrían la clave del sistema fiscal. La libre competencia contribuiría a acrecentar aquellas a través del descenso de salarios y los beneficios. La renta de la tierra quedaría por tanto como la única base imponible (sobre esta idea edifica Turgot su plan fiscal, que contempla la abolición de los impuestos indirectos). Condorcet seguirá esta línea: «El impuesto sobre el producto de la tierra [...] es el más productivo para aquel que recauda el impuesto, el menos oneroso para

el que lo paga, el único justo porque es el único donde cada uno paga en la medida de lo que posee, del interés que tiene en el mantenimiento de la sociedad» (p. 90). Condorcet defenderá el impuesto único sobre la tierra proporcional, rechazando los impuestos indirectos sobre el consumo. Smith se aleja sin embargo de los fisiócratas y Condorcet en algunos aspectos. No solo maneja una definición de excedente (*surplus*) diferente, sino que disiente de la idea de que todos los impuestos recaen últimamente en el ingreso de la tierra. Rechaza, así, el impuesto único. Smith y Condorcet se reencontran al enunciar los principios generales de la imposición, aquel en el libro V de la *Riqueza de las naciones*, y este en el *Essai sur la constitution et les fonctions des Assemblées Provinciales* (1788).

En el final de este capítulo Pisanelli realiza una excursión a dos apasionantes debates fiscales: la imposición sobre el lujo y la progresividad. El debate sobre el lujo cobra impulso en el siglo XVIII a partir de la popularización de la *Fábula* de Mandeville. Condorcet, en su cruzada contra los impuestos indirectos, incluye la abolición de las tasas sobre el lujo, tanto por atentar contra el principio de la igualdad fiscal (es imposible definir con claridad qué es un objeto de lujo), como por un motivo puramente económico: un impuesto sobre el lujo reduciría el consumo de ciertos bienes, abatiendo las industrias correspondientes y perjudicando a los trabajadores. Además, en tanto que impuesto indirecto, rompería el principio de proporcionalidad fiscal. Sobre esta cuestión Pisanelli apunta la evolución del pensamiento de este autor. En efecto, en *Sur l'impôt personnel* (1790), Condorcet sostendrá la idea de la implementación de un impuesto personal con un triple objetivo: reducir la carga fiscal sobre la tierra (rompiendo así el principio del impuesto único), sujetar al impuesto «otros rendimientos» (es decir, los no procedentes de la tierra, rompiendo con la idea de *produit net* fisiócrata), y hacer que los ricos paguen más que proporcionalmente a su riqueza (rompiendo con la idea de proporcionalidad). ¿Por qué este cambio de parecer? Condorcet se habría convencido de que el impuesto único era un instrumento insuficiente para liberar los capitales y acelerar la acumulación. Escapa así, como hará con la cuestión siguiente, del marco fisiocrático, para anunciar posturas más modernas.

La cuestión de la esclavitud es tratada de manera extensiva en la última parte del libro. Este es uno de los temas fundamentales del Siglo de las Luces, tratado obviamente desde una postura ética, pero también desde una económica. Desde el primer punto de vista, los hombres de la Ilustración propondrán su abolición en tanto que institución odiosa que representa un obstáculo al progreso social y la emancipación humana. Sin embargo, cierta controversia ética persiste. Quesnay preveía un sistema social fundado sobre el derecho natural, que implicaba desigualdad entre los hombres: las desigualdades naturales, debidas a la diferencia de talento o de carácter eran en general percibidas por los ilustrados como un elemento esencial para el equilibrio social y el progreso (Smith avanza explicando que tales desigualdades son fundamentalmente consecuencia de la especialización productiva, esto es, la carrera profesional, no tanto el talento o carácter). La contradicción entre derecho natural (igualdad de los hombres) y derecho positivo (desigualdad «necesaria» para el progreso social) aparece con crudeza, lo que tal vez llevó a Quesnay a no analizar sistemáticamente la cuestión de la esclavitud.

Los argumentos económicos antiesclavistas son moneda corriente entre los ilustrados. Para los fisiócratas el trabajo libre es una de las condiciones fundamentales de su visión económica, pues garantiza un aumento de la productividad al fomentar la especialización, la creatividad del trabajador y el desarrollo técnico. Por consiguiente, promueve la riqueza nacional. No obstante, descender a la abolición práctica del esclavismo se revela un problema sustancial. Pisanelli explica de forma magistral la dicotomía existente dentro del grupo fisiócrata, donde reflexión teórica y aplicación práctica cohabitan, representada por dos miembros del grupo que eran intendentes de sendas posesiones coloniales francesas: Mercier de la Rivière y Pierre Poivre. La Rivière, convencido de la imposibilidad práctica de sustituir mano de obra esclava por mano de obra libre en las plantaciones tropicales, evita la parte ética del problema, zambulléndose en reflexiones estrictamente económicas cuyas conclusiones muestran que la eficiencia del sistema de plantación aumentaría a través de una mejora en las condiciones de vida de los esclavos. Poivre, por el contrario, fiel a las máximas fisiócratas, insiste en la necesidad de utilizar solamente trabajo libre, el cual garantizaría la maximización del *produit net*. La esclavitud sería una causa primordial del atraso productivo, y también ético y social, de los países menos avanzados.

Condorcet no se esconde ante esta cuestión, y sus reflexiones son de largo alcance y coincidentes con las de Smith. Ambos creen que una economía moderna debe basarse en el trabajo libre. Condorcet inserta su postura antiesclavista dentro de su combate global por las libertades civiles. La esclavitud es criminal, contraria a la justicia y la moral. Ello no obsta para que se declare rotundamente partidario de una reflexión específicamente económica del problema. Desde este punto de vista, entiende que el trabajo forzado es mucho menos productivo que el libre. Los colonos no saben distinguir el «producto real» del «producto neto», de ahí que opten por la mano de obra esclava: esta genera un producto neto proporcionalmente más elevado, pero obtenido de un producto bruto muy inferior. Siguiendo a Montesquieu, Condorcet propondrá una emancipación progresiva para mantener el equilibrio social y evitar un incremento excesivo de la oferta de trabajo, con el consiguiente empobrecimiento de los esclavos emancipados. Ello no evitaría un descenso de los salarios, motivo adicional para que los plantadores prefiriesen el trabajo libre. Adam Smith, evadiendo un debate excesivamente amplio, sigue una argumentación económica, y coincide también en la necesidad de hacer comprender a la opinión pública que el sistema esclavista es un freno al crecimiento económico y a la construcción de un orden social progresista. Su visión pragmática no es obstáculo para que esta forme parte de una reflexión más general sobre la nueva «sociedad comercial» que se está desarrollando ante sí, la cual conlleva una promesa de emancipación de las clases hasta entonces subalternas.

En conclusión, la profesora Pisanelli nos muestra los paralelismos analíticos entre estos dos gigantes de la Ilustración como hilo conductor de la interpretación de diversos aspectos económicos y filosóficos de la conversación intelectual de esta época. Aquellos se articulan en torno al estudio de los diferentes aspectos del proceso de emancipación del hombre y la sociedad: «El crecimiento económico, el desarrollo social y el perfeccionamiento humano están indisolublemente vinculados dentro de una relación en que el crecimiento de la riqueza material no es sino una precondition ne-

cesaria para el desarrollo del hombre» (p. 184). La aproximación que Pisanelli realiza en su obra es particularmente enriquecedora, pues las categorías analíticas propias de la disciplina de la historia del pensamiento económico intersectan con aproximaciones propias de la historia social, la historia cultural y el análisis ético. Esta apertura metodológica no solo es digna de encomio, sino que constituye una vía que cada vez más historiadores del pensamiento económico están adoptando en sus análisis como forma de dialogar con otras disciplinas con las que comparten temáticas de estudio e intereses. Pisanelli se une a esta vía que creemos clave para la conversación futura de los historiadores del pensamiento económico.

JAVIER SAN JULIÁN ARRUPÉ
Universitat de Barcelona